



635354

P. 42

Memorabilia

El vínculo

Fusco

Con toda su profusión de nombres prósperos y colegios de curas de impecable trayectoria, dentro de las familias de tradición por su buena crianza y no interrumpidos ingresos económicos, el mundo de la infancia que Jorge Edwards describe mediante "pluma sobria y bien cortada" en su escrito del 17 de diciembre en "La Segunda", me resulta la visión algo claustral, un tanto seco, de un mundo desprovisto de harapos de colores, de suburbios, de baldíos, de patotas de muchachos callejeros internándose entre los yuyales de potreros alledaños, como yo tuve las primeras imágenes del mío.

No diré que el suyo haya sido más noble y seguro que el mío, ni que este constituyera una expresión mucho más variada en aristas humanas y sociales. El escritor, a fin de cuentas, se las arregla, con talento y buena tinta, para hacer una fantasía de cualquier trasto, incluso de sus carencias y limitaciones. En el caso de Jorge Edwards, como ya había ocurrido con su tío Joaquín Edwards Bello, escoger la carrera literaria, con toda su gravedad de compromisos, suponía una elección temeraria. De un lado la trópica promesa de gloria, de otro la desconfianza de las tías y el sorbo rumor de una nueva peste en las familias.

Todavía a disgusto, después de decenas de años, con el mal rato que don Luis Orrego Luco hizo pasar a los de su clase con la publicación de la novela "Casa grande", un ilustre caballero de la política chilena me hizo un día esta observación tajante:

-En la familia de los Orrego Luco, el escritor era el doctor Augusto Orrego Luco.

¿Y don Luis Orrego Luco, cuya obra ganó los aplausos de don Arturo Alessandri Palma, prologuista de la novela "Playa negra"?

Don Luis Orrego Luco, cerro.

Joaquín Edwards Bello fue más lejos. Su juventud de pije botarate en París no le acarrió las críticas despiadadas que en las familias de su clase iba a suscitar la aparición de sus primeros libros, sobre todo de "El mutil". Como cuenta él mismo, para librarse del chaparrón del desprecio de los suyos hubo de buscar refugio en una casa "non sancta", no en el convento de los agustinos.

En el ensayo autobiográfico de Jorge Edwards, Premio Cervantes 1999, se deja notar que en él, por causa de su obra, audaz en varios sentidos, las discrepancias han existido. Y a veces duras. Pero como bien se puede registrar, el "vínculo" de fondo se ha mantenido. Al revés de Joaquín Edwards Bello que, para pagar su "karma", no sólo escribió una novela sobre los lupanares de la calle Burja, vecina a la Estación Central, sino que, además, decidió vivir el resto de su existencia en calidad de pobre en un barrio que José Donoso, sobrino nieto de don Eliodoro Yáñez, situaba geográfica y literariamente "allá abajo". Era claro que José Donoso ignoraba que más abajo de su "allá abajo" había otro "allá abajo", donde en mi infancia tuve la fortuna de cazar a campo traviesa mis primeros matapijeos con un instrumento a base de alambres entrecruzados que llamábamos "cazadora". Mis compañeros de andanzas invocaban con este grito a los matapijeos en la espesura: "¡Poroto, te llama la hembra!"

Nunca más he vuelto a escuchar este grito en la literatura.

El vínculo [artículo] Filebo

Libros y documentos

AUTORÍA

Filebo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El vínculo [artículo] Filebo

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile